



RECOGIDO EN "De esto
y de aquello" tomo II

Flor y corazón de encina

8-XII-922

EN nuestro anterior comentario, en el que dedicamos á Don San Diego Matamoros, como le llamó Don Quijote, decíamos al comentar unos versos de nuestro poeta preferido, Antonio Machado, que mejor que tallar en roble al Dios hispano, al Dios adusto de la tierra parda, es tallarle en corazón de encina, de que se hacen dulzainas. Y así es, en efecto: de ese corazón se tallan dulzainas.

Llámase en la encina corazón al centro de su tronco y de sus ramas, á lo más denso del leño, á las capas primitivas, de primera formación. Que suelen ponerse de un dulce y encendido color. El corazón de la encina es lo más apretado y bello. Y lo más musical. Pues con ese corazón, arrojándolo á fuego, se fabrican dulzainas. La parte más entrañada é íntima del leño de la encina y la más densa de él es la que, tañida, suena más dulcemente y acompaña al baile campesino de los que descansan á la sombra del árbol.

Cuando el árbol se hace viejo, se le consume el corazón. Las encinas centenarias—¿quién sabe si milenaria alguna?—se nos presentan abiertas, mostrándonos sus vacías entrañas y sin corazón. Este se les ha recogido, á lo sumo, en las ramas.

Y acaso tiene estrecho enlace con ese melodioso y apretado corazón de la encina, madera de dulzainas, la flor del árbol. ¿Conocéis la flor de la encina?

En estos días hemos estado leyendo, para divertirnos de las tristezas y las vergüenzas actuales, un libro de impresiones sobre España, de un belga, Edmundo Joly. El libro se titula *El clavel de Sevilla* (*L'Éillet de Seville*), y se habla en él de esta ciudad, y la escultura española, de Burgos y el heroísmo, de Toledo y el misticismo, de Granada y el sentido de la vida, del Escorial y el sentido de la muerte, de Madrid y la pintura española. Y de paso de otras cosas.

En este libro, y al hablar en él de Granada, se nos dice que en el clima granadino árboles y plantas parecen sobre todo floreros ó portaflores. Y luego de la flor de la pita: «Su floración se retarda largos años. Después, llegado el momento, en unos días, en unas horas, surge un largo tallo, llevando al cielo flores que estallan para la vida y para la muerte. La planta armada, paciente, tenaz y acabándose el día que es menester, ¿no se parece acaso al alma de España, belicosa, encendida de todas las sedes, trabajada largamente y realizándose de pronto en un salto vertiginoso?»

Tal, según nos cuenta el belga Joly en su bello libro sobre España, la flor de la pita granadina. Pero, ¿y la de la encina castellana? A la flor de la encina, llamada *candela*, no la conocen todos; no salta á los ojos. Un profano, un urbano,

—y no decimos ciudadano—, un hombre de calle y de plaza pública pueden recorrer un encinar con los árboles en flor sin reparar en ésta, sin percatarse de la floración. Y es que la candela, que cuelga como un pobre carambanito verde, se esconde entre las hojas, de cuyo color se diferencia muy poco. Es su verdura algo más tierna que la del follaje, lo mismo que el leño del corazón es melodioso y más denso que el de las ramas y el del exterior del tronco.

Y ahora pensemos, ó más bien, meditemos en nuestras meditaciones metafóricas y simbólicas si el corazón melodioso y denso de la encina castellana, el corazón de que se hacen á fuego dulzainas, no está estrechamente emparentado con la candela, con la flor modesta y verde que se esconde en el follaje, con las flores de que salen las bellotas que inspiraron á Don Quijote aquel su discurso—canto más bien—sobre la dichosa Edad de Oro, aquel discurso en que habló de «las robustas encinas que liberalmente les estaban convidando (á los hombres) con su dulce y sazonado fruto» (parte I, cap. XI).

Dulce le parecía á Don Quijote el fruto de la encina, la bellota; dulce como el sonido de la dulzaina, esa especie de chirimía corta que se hace de corazón de encina, y dulce es la vista de la candela escondida en la copa del árbol, con su follaje pardo, denso y perenne.

Y habría que ver si ese corazón, esa flor y ese fruto no son símbolos del corazón, de la flor y del fruto del pueblo que entre los encinares se ha formado.

¡Ah, la encina! ¡La encina inmóvil al viento, como si fuese un árbol metálico, robusta y recia, de hoja perenne y de corteza que es como una armadura; la encina de crecer lento; la encina que arraiga en las rocas, en las entrañas pederrosas de la tierra, y de éstas toma jugo para fraguar su corazón melodioso, y para ofrecer al sol, al sol desnudo de Castilla, sus candelas, como en oficio litúrgico, y dar luego el dulce y sazonado fruto de la bellota! Un encinar es como un templo. En él se sueñan misterios druidicos.

La flor de la pita nos recordará los saltos vertiginosos, hechos de pronto; los estallidos de pasión y de acción; las revoluciones, acaso; pero la flor, la candela de la encina, nos trae al corazón—al corazón más que á las mentes—el verde florecer secular, la grave sonrisa melancólica y quijotesca. El corazón melodioso de Don Quijote era como el corazón de la encina manchega, y su flor como la candela. ¿Y el fruto? El fruto henchido de la savia con que se curtía la coraza. Que la coraza y el escudo eran de cuero en un principio y la cascara de curtirlo tiene sangre de bellota.

MIGUEL DE UNAMUNO

VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES